

Pseudo científico

9.- Enunciar el método que utilizaban los autores para crear sus obras.

10.- Explicar las características de los personajes y los elementos del entorno.

PROCEDIMIENTO: Objetivo 10; actividad 5.

Estudia el material adjunto y analiza el cuento que se localiza en el texto.

NOTA:

En el examen, aparte de teoría, se preguntará sobre el cuento, para comprobar su lectura y comprensión.

1.- Contesta el cuestionario que corresponde a este capítulo.

2.- Lee y observa en el cuento: "En provincia", de Augusto D'Halmar:

- a) Argumento.
- b) Tema.
- c) Estructura (divisiones).
- d) Personajes (aspecto físico y rasgos de carácter).
- e) Forma (lenguaje, manera en que está escrito).
- f) Contenido (ideas).
- g) Caracteres naturalistas.

Haz, por escrito, un comentario sobre estos puntos, citando tu opinión personal.

Estas dos actividades son el requisito para presentar la unidad.

IV. NATURALISMO.

El naturalismo como movimiento literario es una "exageración" del siglo XIX. El naturalismo literario se generalizó rápidamente por toda Europa, pero fué en Francia donde primero enraizó, floreció y fructificó con abundancia. Conviene advertir que el naturalismo literario no afectó sino a todos los géneros de la prosa, salvándose la poesía de esta tendencia tan en pugna con la exquisitez y con el idealismo. El naturalismo llegó a una mecánica de los tipos y de las acciones.

Emilio Zolá (1840-1902) fue considerado el "padre de la novela naturalista". Su influencia fue inmensa en todo el mundo. Lo combatieron con saña, pero lo imitaron con ahínco. Indiscutiblemente, es un novelista de primer orden entre los mejores de cualquier época, su fuerza de observación portentosa y maestría para narrar llegó a ser factor decisivo. Sin ser el escritor más grande del mundo, Zolá es el novelista que más ha revolucionado no solo el género novelesco, sino también otras artes ajenas a la literatura. Zolá dice que el naturalismo consiste en mostrar y poner de realce la bestia humana.

En la actualidad, muchos filósofos niegan que el naturalismo sea una doctrina científica o un sistema filosófico. Admiten que resulta una tendencia o una posición especial del espíritu en un punto de vista muy particular, que es el de la naturaleza. De aquí que, en ocasiones, el naturalismo niegue la existencia de Dios, o niegue únicamente la acción de Dios como agente exterior al mundo, o venga a parar en un puro materialismo al negar la existencia del espíritu.

El naturalismo es una tendencia a un sistema antiquísimo que afirmó siempre que el universo sensible debe contener en sí la razón de su existencia y de todos los fenómenos que en él se dan. Por ello el naturalismo busca siempre las últimas leyes y los últimos elementos del ser material para lograr por su medio darse cabal noción del desarrollo del mundo.

1020115356

El naturalismo reproduce la realidad bella o no bella.

Representantes del naturalismo son: Pardo Bazán, Jacinto Octavio Picón, Felipe Trigo, Rafael López de Haro, Baldomero Lillo.

El naturalismo, que en Europa reemplazó al realismo, en Hispanoamérica coincidió con él sin perder su propia identidad. El auge del naturalismo sólo duró diecisiete años en Francia, en América no decayó hasta después de 1910. En Argentina el naturalismo tiene una mayor duración. El naturalismo hispanoamericano todavía no ha sido estudiado debidamente. Por falta de comprensión, muchos críticos no lo han separado suficientemente del realismo. Tanto por su concepto del mundo como por su método, el naturalismo, lejos de asemejarse al realismo, constituye su negación. El autor rechaza los temas pintorescos colocados en escenarios amenos. Los temas predilectos son el alcoholismo, la prostitución, el adulterio y la miseria de las masas.

Si es verdad que los naturalistas escogían temas sórdidos para comprobar su teoría, no es menos verdad que todos ellos, al exponer la degradación humana, abogaban por una mayor comprensión de los problemas ajenos y por la eliminación de las condiciones responsables de esa misma degradación.

Los autores naturalistas creaban sus obras con un método pseudo-científico. Las descripciones eran detalladas para copiar cada minucia de la realidad.

Puesto que las acciones de los protagonistas eran registradas por su pasado, el autor presentaba un panorama completo tanto de la familia del personaje como del medio ambiente en que se movía, antes de hacerle irrumpir activamente en la obra. Preocupado por su estudio clínico, el autor naturalista no se interesaba en el diálogo tanto como los realistas.

CUESTIONARIO:

- 1.- ¿Cómo puede considerarse el naturalismo?
- 2.- ¿Qué géneros afectó este movimiento?
- 3.- ¿A quién se considera padre del naturalismo?
- 4.- ¿En qué consiste el naturalismo para Zola?
- 5.- ¿Qué afirma el naturalismo y qué reproduce?
- 6.- ¿Quiénes representan este ismo?
- 7.- ¿Qué diferencias existen entre el naturalismo y el realismo?
- 8.- ¿Qué exponían los naturalistas y qué buscaban con ello?
- 9.- ¿Cómo son las descripciones y la técnica naturalistas?
- 10.- ¿Cuáles son los temas predilectos de los naturalistas?

La vie est vaine;
un peu d'amour.
un peu de haine,
et puis "bonjour".

La vie est breve;
un peu d'espoir,
un peu de reve,
et puis "bonsoir".

Tengo cincuenta y seis años y hace cuarenta que llevo la pluma tras la oreja; pues bien, nunca supuse que pudiera servirme para algo que no fuese consignar partidas en el "Libro Diario" o transcribir cartas con encabezamiento inmóvil:

"En contestación a su grata, fecha... del presente, tengo el gusto de comunicarle..."

Y es que salido de mi pueblo a los diez y seis años, después de la muerte de mi madre, sin dejar afecciones tras de mí, viviendo desde entonces en este medio provinciano, donde todos nos entendemos verbalmente, no he tenido para qué escribir.

A veces lo hubiera deseado; me hubiera complacido que al guien, en el vasto mundo, recibiese mis confidencias; pero ¿quién?

En cuanto a desahogarme con cualquiera, sería ridículo.

La gente se forma una idea de uno y le duele modificarla.

Yo soy, ante todo, un hombre gordo y calvo, y un empleado de comercio: Borja Guzmán, tenedor de libros del "Emporio Delfín".

¡Buena la haría saliendo ahora con revelaciones sentimentales!

A cada cual se asigna, o escoge cada cual, su papel en la farsa, pero preciso es sostenerlo hasta la postre.

Debí casarme y dejé de hacerlo. ¿Por qué? No por falta de inclinaciones, pues aquello mismo de que no hubiera disfrutado de mi hogar a mis anchas, hacía que soñase con formarlo. ¿Por qué entonces? ¡La vida! ¡Ah, la vida!

El viejo Delfín me mantuvo un honorario que el heredero mejoró, pero que fue reducido apenas cambió la casa de dueño.

Tres he tenido, y ni varió mi situación ni mejoró de suerte.

En tales condiciones se hace difícil el ahorro, sobre todo si no se sacrifica el estómago. El cerebro, los brazos, el corazón, todo trabaja para él: se descuida Smiles y cuando quisiera establecerse ya no hay modo de hacerlo.

¿Es lo que me ha dejado soltero? Sí, hasta los treinta y un años, que de ahí en adelante no se cuenta.

Un suceso vino a clausurar a esa edad mi pasado, mi presente y mi porvenir, y ya no fui, ya no soy sino un muerto que hojea su vida.

Aparte de esto he tenido poco tiempo de aburrirme. Por la mañana, a las nueve, se abre el almacén; interrumpe su movimiento para el almuerzo y la comida, y al toque de retreta se cierra.

Desde ésa hasta esta hora, permanezco en mi piso giratorio con los pies en el travesaño más alto y sobre el bufete los codos forrados en percalina; después de guardar los libros y apagar la lámpara que me corresponde, cruzo la plazuela y, a una vuelta de llave, se franquea para mí una puerta: estoy en "mi casa".

Camino a tientas, cerca de la cómoda hago luz; allí, a la derecha, se halla siempre la bujía.

Lo primero que veo es una fotografía, sobre el papel celeste de la habitación; después, la mancha blanca del le-

cho, que nunca sabe disponer Verónica, y que cada noche acondiciono de nuevo. Una cortina de cretona oculta la ventana que cae a la plaza.

Si no hace demasiado sueño, saco mi flauta de su estuche y ajusto sus piezas con vendajes y ligaduras. Vieja, casi tanto como yo, el tubo malo, flojas las llaves, no regulariza ya sus suspiros, y a lo mejor deja una nota que cruza el espacio, y yo formulo un deseo invariable.

En tantos años se han desprendido muchas y mi deseo no se cumple.

Toco toco. Son dos o tres motivos melancólicos. Tal vez supe más y pude aprender otros; pero éstos eran los que ella prefería, hace un cuarto de siglo, y con ellos me he quedado.

Toco, toco. Al pie de la ventana, un grillo, que se siente estimulado, se afina interminablemente. Los perros-ladran a los ruidos y a las sombras. El reloj de una iglesia da una hora. En las casas menos austeras cubren los fuegos, y hasta el viento que transita por las calles desiertas pretende apagar el alumbrado público.

Entonces, si penetra una mariposa a mi habitación, abandono la música y acudo para impedir que se precipite sobre la llama. ¿No es el deber de la experiencia?

Además, comenzaba a fatigarme. Es preciso soplar con fuerza para que la inválida flauta responda, y con mi volumen excesivo yo quedo jadeante.

Cierro, pues, la ventana; me desvisto, y en gorro y zapatillas, con la palmatoria en la mano, doy, antes de meterme en cama, una última ojeada al retrato.

El rostro de Pedro es acariciador; pero en los ojos de ella hay tal altivez, que me obliga a separar los míos. Cuatro lustros han pasado y se me figura verla así: así me miraba.

Esta es mi existencia, desde hace veinte años. Me han bastado, para llenarla, un retrato y algunos aires antiguos; pero está visto que, conforme envejecemos, nos tornamos exigentes. Ya no me basta y recurro a la pluma.

Si alguien lo supiera. Si sorprendiese alguien mis memorias, la novela triste de un hombre alegre, "don Borja", "el del Emporio del Delfín". ¡Si fuesen leídas!... ¡Pero no! Manuscritos como éste, que vienen en reemplazo del confidente que no se ha tenido, desaparecen con su autor.

El los destruye antes de embarcarse, y algo debe prevenirnos cuándo. De otro modo no se comprende que en un momento dado, no más particular que cualquiera, menos tal vez que muchos momentos anteriores, el hombre se deshaga de aquel "algo" comprometedor, pero querido, que todos ocultamos, y, al hacerlo, ni sufra ni tema arrepentirse. Es como el pasaje, que, una vez tomado, nadie posterga su viaje.

O será que partimos precisamente porque ya nada nos detiene. Las últimas amarras han caído... ¡el barco zarpa!

Fue, como dije, hace veinte años; más, veinticinco, pues ella empezó cinco años antes. Yo no podía llamarme ya un joven y ya estaba calvo y bastante grueso; lo he sido siempre: las penas no hacen sino espesar mi tejido adiposo.

Había fallecido mi primer patrón, y el Emporio pasó a manos de su sobrino, que habitaba en la capital; pero nada sabía yo de él, ni siquiera le había visto nunca, pero no tardé en conocerle a fondo: duro y atrabiliario con sus dependientes, con su mujer se conducía como un perfecto enamorado, y cuéntese con que su unión databa de diez años. ¡Cómo parecían amarse, santo Dios!

También conocí sus penas, aunque a simple vista pudiera creérseles felices. A él le minaba el deseo de tener un hijo, y, aunque lo mantuviera secreto, algo había llegado a sospechar ella. A veces solía preguntarle: "¿Qué echas de menos?", y él le cubría la boca de besos. Pero ésta no era

una respuesta. ¿No es cierto?

Me habían admitido en su intimidad desde que conocieron - mis aficiones filarmónicas. "Debimos adivinarlo: tiene pulmones a propósito". Tal fue el elogio que le hizo de mí su mujer en nuestra primera velada.

¡Nuestra primera velada! ¿Cómo acerté delante de aquellos señores de la capital, yo que tocaba de oído y que no había tenido otro maestro que un músico de la banda? Ejecuté, me acuerdo, "El ensueño", que esta noche acabo de repasar, "Lamentaciones de una joven" y "La golondrina y el prisionero"; y sólo reparé en la belleza de la principal, que descendió hasta mí para felicitar me.

De allí dató la costumbre de reunirnos, apenas se cerraba el almacén, en la salita del piso bajo, la misma donde ahora se ve luz, pero que está ocupada por otra gente.

Pasábamos algunas horas embebidos en nuestro corto repertorio, que ella no me había permitido variar en lo más mínimo, y que llegó a conocer tan bien que cualquiera nota falsa la impacientaba.

Otras veces me seguía tarareando, y, por bajo que lo hiciera, se adivinaba en su garganta una voz cuya extensión ignoraría ella misma. ¿Por qué, a pesar de mis instancias, no consintió en cantar?

¡Ah! Yo no ejercía sobre ella la menor influencia; por el contrario, a tal punto me imponía, que, aunque muchas veces quise que charlásemos, nunca me atreví. ¿No me admitía en su sociedad para oírme? ¡Era preciso tocar!

En los primeros tiempos, el marido asistió a los conciertos y, al arrullo de la música, se adormecía; pero acabó por dispensarse de ceremonias y siempre que estaba fatigado nos dejaba y se iba a su lecho.

Algunas veces concurría uno que otro vecino, pero la cosa no debía parecerles divertida y con más frecuencia quedábamos solos.